



La última joya de Erice sólo se ve en museos

Clandestino. El acontecimiento más importante del año del cine español, el estreno del último corto de Víctor Erice, ha pasado inadvertido

■ Lo ha escrito Carlos F. Heredero en el balance del cine español que anualmente recopila la revista *Cahiers du cinéma* en su número especial sobre el estado del cine mundial *Atlas 2006*: el acontecimiento más importante del año en el cine español no ha tenido lugar en una sala, sino en un museo, con la exhibición en el Centro de Cultura Contemporánea en Barcelona, dentro de la exposición *Erice/Kiarostami: correspondencias*, del cortometraje *La morte rouge*, del donostiarra Víctor Erice. Y no sólo conviene subrayar el hecho singular de que la que será posiblemente la mejor película española de este año sólo se haya podido ver en un museo (desde el pasado día 4, también en La Casa Encendida de Madrid), sino que además lo ha hecho casi totalmente a espaldas de todo ruido mediático, localizado en otros púlpitos y alfombras rojas, y, cómo no, fuera de la propia institución cinematográfica española, muy concentrada en sus propios asuntos institucionales.

Nada nuevo bajo el sol de nuestras miserias si pensamos que el anterior trabajo de Erice, el magistral cortometraje *Alumbramiento*, incluido en el filme colectivo *Ten minutes older* (2002), tampoco se ha exhibido comercialmente en España, convirtiéndose en un preciado objeto de contrabando que ha circulado, siempre gracias a dulces traidores y generosos piratas, de mano en mano, casi furtivamente.

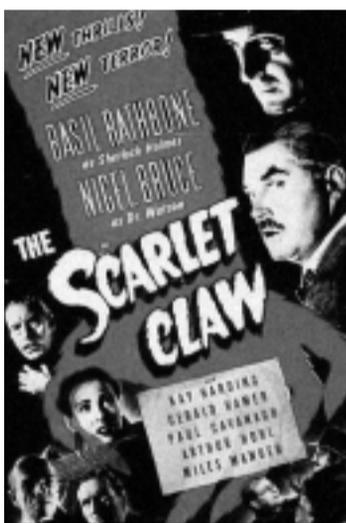
Ante este panorama nos asalta, inevitablemente, la gran pregunta: ¿qué ha ocurrido en un país para que su mejor cineasta vivo (esto lo afirmo yo) sea prácticamente invisible no ya para el gran público, que lo ignora sin que él nunca lo haya ignorado, sino incluso para ese otro sector más minoritario de cinéfilos que frecuenta los circuitos de versión original? La pregunta tiene muchas respuestas, pero sería demasiado largo y complejo exponerla ahora al detalle sin que todos nos demos por aludidos en una responsabilidad sin duda compartida por la industria, el mercado, las instituciones, la cultura oficial y las propias exigencias y el nivel del público español.

De lo que sí prefiero hablar en detalle es de *La morte rouge*, esta pequeña joya de apenas media hora que, con materiales casi de derribo, a saber, viejas fotografías, postales y afiches antiguos, imágenes documentales, secuencias de una olvidada película de Sherlock Holmes y unos cuantos planos nuevos roda-



VÍCTOR ERICE. Quizás el mejor director de España.

D.S.



CARTEL. 'La garra escarlata'.

por el desconocido Roy William Neill (los curiosos pueden recuperarla ahora, ya que ha sido recientemente editada en DVD en España por el sello Suevia), protagonizada por los intrépidos y sagaces Sherlock Holmes y Dr. Watson que encarnaban por entonces los elegantes Basil Rathbone y Nigel Bruce.

Una memoria personal riquísima en detalles y sensaciones que deviene absolutamente transferible gracias a su capacidad para evocar y reconstruir la experiencia subjetiva e íntima y convertirla, gracias a la forma, al montaje, al ritmo, a la cadencia, al diálogo de las imágenes unas con otras, de la ficción con la realidad, o con los ecos de la música de Pärt o de Mompou, en experiencia colectiva y universal. Una experiencia además pura y radicalmente cinematográfica que reconcilia a cada espectador con el recuerdo lejano de la infancia de su primer, misterioso, ambiguo y revelador contacto con el universo de las imágenes y los sonidos cinematográficos. Un tema que Erice no ha dejado nunca de explorar en su cine y que nos transporta a aquellos planos furtivos de *El espíritu de la colmena*, capturados por la cámara de Luis Cuadrado, en los que una asombrada niña (Ana Torrent) contemplaba casi religiosamente las imágenes del *Frankenstein* de James Whale.

Cincuenta y tantos años más tarde de aquella primera experiencia primordial y definitiva, Erice dialoga de nuevo con las imágenes y las sombras de *La garra escarlata*, relata con precisión casi viva sus vivencias como primer espectador fascinado y aterrado a un tiempo, rememora minuciosamente momentos estelares del filme, como aquel del descubrimiento final de la identidad del asesino, ese afable carterero del remoto pueblo canadiense llamado *La morte rouge*, instantes que le iban a acompañar para siempre fuera de aquella sala de cine y que ahora se materializan ante nosotros.

dos con la habitual sencillez y elegancia propias del director de *El Sur*, devuelve al cine (y de camino a su espectador) a un estado casi virginal, de primera vanguardia de compilación y ensamblaje, para contarnos una fascinante, poderosa y mágica historia de iniciación que se inscribe justo en la memoria personal del propio Erice.

El director bucea con la moviola

INCÓGNITA

¿Qué ha ocurrido en España para que su mejor cineasta vivo sea prácticamente invisible para todos los públicos?

en las sensaciones de su infancia en la España de finales de los 40 y evoca, siempre en primera persona, con una declamación tan precisa como despojada de toda nostalgia al uso, el recuerdo de su primera experiencia cinematográfica en el Palacio del Casino Kursaal de San Sebastián, cuando, acompañado de su hermana mayor, acudió a ver la película titulada *La garra escarlata* (*The scarlet claw*, 1944), dirigida